

Crónicas de viaje

Selección de crónicas de viaje publicadas en el suplemento «El viajero» del diario El País, 2005 - 2007.

El Lago Titicaca y las islas de los dioses viejos

Aclimatarse en la ciudad peruana de Puno y luego navegar visitando las islas del lago Titicaca, es redescubrir leyendas y experimentar a plenitud esa paz que sólo puede encontrarse en los Andes y cerca del cielo.

La leyenda

En el principio fue la tierra sin agua. Sobre esta tierra no se conocía la muerte, ni la ambición o el odio, porque los Apus (dioses de las montañas) velaban por los seres humanos que habitaban el profundo valle. Sólo una cosa estaba prohibida: subir a la cima de las montañas donde ardía el Fuego Sagrado. Pero los espíritus malignos se las ingeniaron para sembrar la discordia e inducir a los habitantes de la tierra idílica a explorar las cimas. Cuando los hombres estaban llegando al Fuego Sagrado, los Apus les salieron al paso encolerizados haciendo que todos los hombres fueran devorados por miles de pumas de las montañas. Viendo la carnicería, Inti, el Dios del Sol, se puso a llorar y sus lágrimas fueron un diluvio durante cuarenta días y cuarenta noches. Solo una pareja humana, flotando sobre una barca de junco, llegó a ver el sol de un nuevo día y no daban crédito al vasto horizonte que cerraba su vista: el profundo valle era ahora un lago que se perdía en la distancia, y lo que antaño fueron cimas se habían transformado en islas. En medio de las aguas los pumas se habían convertido en estatuas de piedra. Llamaron entonces a aquel lago el «Titicaca», que significa «El lago de los pumas de piedra».

Puno, la ciudad de los pasos lentos

Antes de posarnos sobre las permanentes aguas del lago, es imprescindible andar en tierra firme: la ciudad peruana de Puno será el punto de partida idóneo. Allí se encuentra todo lo necesario para planificar la excursión a las islas del Titicaca: turismo vivencial, hostales, restaurantes y una nutrida oferta de artesanías. Pero vale la pena ocupar un par de días fatigando esta ciudad que se eleva a 3 mil 860 m.s.n.m, siempre cuidando no ir demasiado rápido para evitar lo que los lugareños llaman «soroche» o mal de altura: náuseas y jaquecas para quienes no comprenden que andar cerca del cielo implica calma sabia y un sosiego andino.

Danzas como las «diabladas», «la morenada» o el «sikuri», ejecutadas al son de sikus, queñas, tarkas, charangos y pinkullos, y otros instrumentos con demasiada música en sus nombres, son tan sólo uno de los numerosos motivos para visitar esta ciudad andina. Tierra ancestral de quechuas, aymaras, uros, pacajes y puquinas, esta meseta fue cuna de una de las culturas prehispánicas más influyentes de los Andes: la cultura Tiawanaco, cuya capital se encontraba a escasos kilómetros de la frontera Perú-Bolivia. Hoy Puno atesora el título de Capital Folklórica del Perú, pues conserva casi intactas las múltiples expresiones culturales del Altiplano

Flotando en el silencio de las aguas

Para entrar en el lago navegable más alto del mundo no se requiere más que una respetuosa curiosidad y unos 30 soles (aproximadamente 8 euros) que cobra cualquiera de las agencias encargadas de guiar nuestro viaje en el tiempo. Nunca una frontera entre dos países ha sido tan mágica. Pues las lágrimas del Dios Inti que han nutrido el lago son la materia que mezcla las naciones de Perú y Bolivia, que comparten una superficie líquida de 8 mil 490 kilómetros cuadrados. Hoy vemos un total de 36 cimas que según la leyenda emergieron convertidas en islas. Pero las más extraordinarias son las islas flotantes de Uros, hechas de totora (especie de juncos) por los habitantes de las tribus. La isla Taquile, que a pesar del contacto frecuente con los visitantes mantiene intacto un modo de vida que se repite desde hace miles de años. La isla Amantaní, sembrada de enigmáticas ruinas incaicas. Y las islas del Sol y de la Luna, que brillan en territorio boliviano, famosas sobre todo porque se asegura que en la primera nació el primer inca, Manco Cápac.

La lancha navega poco más de media hora y sin preaviso, sin que nos dé tiempo a experimentar el cosquilleo de la indecisión, un guía de sonrisa de sol nos ordena que pisemos la primera de las islas que no tiene nada que ver con eso que llamamos tierra firme. Sobre aquella breve superficie sigue transcurriendo la vida ancestral de muchas familias, y sin embargo la isla se mueve. Uros flota. Los juncos han sido trenzados y enmarañados por manos milenarias, por el peine frío

del viento y por las caricias invisibles de las aguas. Del suelo se elevan, como un solo cuerpo vivo, los mismos juncos que son la isla formando las pequeñas tiendas de sus habitantes. El viajero encontrará gente sembrada, quieta sobre la isla oscilante, cuyas actividades son la paciente pesca, y ofrecer a los turistas una sonrisa amable y un arcoiris de vasijas de cerámica que son idénticas a las de hace ocho siglos.

El siguiente puerto es la isla pétreo de Amantaní, que ofrece al visitante un manto infinito de playas hechas de piedras redondas, donde el tiempo y los vientos no han podido fabricar arenas. Se dan entonces tres situaciones inevitables. Primero: en el muelle hay mujeres bellas y pequeñas, de mantos negros y polleras multicolores (faldas), que alrededor de cada cintura siempre son más de tres. Y el guía va gritando el nombre de los viajeros (esta parte hay que oírlo, no leerla), imaginemos nombres ingleses, alemanes o franceses en voz de un quechua y aymara hablante. Entonces cada familia acoge a varios visitantes y los introduce en su casa de adobe y techo bajo, donde se comen exquisitos platos vegetarianos de toda la vida. Segundo: antes que anochezca, por si no fueran pocos los más de 3 mil metros de altura, hay que subir otros doscientos, para desde aquellas cimas donde habitan los Apus, observar que el dios del sol de verdad existe cuando uno contempla la progresión de un crepúsculo sobre el infinito lago. Tercero: en la unánime noche de la isla el visitante es guiado a un local muy rústico donde suenan instrumentos desconocidos que invitan al baile en grupo: la fiesta transcurre con las manos de todos entrelazadas bailando en círculos que no cierran.

Al día siguiente se visita la isla de Taquile, que sin huir de la condición de un tiempo milenario ofrece calles empedradas por donde a veces circula un coche, se comen las más exquisitas truchas que crecen en el lago, se imponen fachadas de laboriosa piedra sobre piedra, enclaves arqueológicos y un asedio de casas siempre abiertas. Las casas tienen puertas como bocas hambrientas y ventanas que son los ojos de un dibujo infantil. En cada interior ocurre la generosa oferta de tejidos, juguetes artesanales, dioses pequeños y cerámica muy antigua. El resto es abandonarse entre iglesias sincréticas, arcos milenarios para honrar al sol, recorrer los restos arqueológicos y moverse siempre despacio, porque nuestro cuerpo lleva sobre sus hombros la energía de ritos ancestrales. Si al viajero lo agarra la noche en este país sin tiempo, en cualquiera de sus islas, notará que el lago suena con un oleaje parecido al del mar, pero con la sutileza de un tejido transparente.

